

# LA INCIDENCIA DE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL EN LA GUERRA EN EUSKADI, 1936-1937

---

Ricardo Miralles

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Hoy es un hecho universalmente aceptado que sin su dimensión internacional la guerra civil española no podría entenderse correctamente. Por eso, en la historiografía contemporánea, muchos historiadores hablan de «guerra de España» en lugar de «guerra civil española», en tanto que otros muchos utilizan indistintamente una u otra fórmula. Quiere esto decir que no hubiera tenido las dimensiones que tuvo sin la intervención exterior de distintas potencias europeas, y, por eso, en la historiografía científica, se acepta ya sin discusión que la intervención y «No Intervención» extranjeras fueron de una importancia decisiva, incluso determinante, en el curso de los acontecimientos y en el resultado mismo de la guerra.

## 1. El marco general de la guerra: la «No Intervención»

La «No Intervención» fue el marco que presidió las relaciones internacionales en torno a España —y a Euskadi, por tanto— durante toda la guerra civil, pese a los manifiestos incumplimientos de la misma por parte de las potencias. La principal consecuencia fue que la II República, régimen legítimo en 1936, sufrió desde el primer momento una política de embargo como consecuencia del acuerdo, adoptado por las principales potencias europeas, de abstenerse de cualquier tipo de participación en la contienda civil española. El llamado *Acuerdo de No Intervención*<sup>1</sup> fue muy perjudicial para el

---

<sup>1</sup> Sobre la génesis y cronología exactas del Acuerdo de «No Intervención», *vid.* Ángel Viñas, «Los condicionantes internacionales», en Manuel Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española, 50 años después*, Barcelona, 1986, pp. 123-197, y Enrique Moradiellos, *El reñidero de Europa: las dimensiones internacionales de la guerra civil*, Barcelona, 2001, capítulos 2 y 3.

régimen republicano español: en primer lugar, porque le privó de su derecho legal, como gobierno legítimo e internacionalmente reconocido, de comprar armas en las naciones amigas o en los mercados internacionales; en segundo lugar, porque su inoperancia favoreció al bando sublevado del general Franco, que sí pudo procurarse todo tipo de material y de colaboración militar en Alemania e Italia; y en tercer lugar, porque la No Intervención bloqueó todas las iniciativas diplomáticas de la República española, ya que le obligaba a utilizar el camino del Comité de Londres que se constituyó para supervisar la observación de la No Intervención, pero sin poder hacerlo directamente por no formar parte de dicho Comité.

Como es ya suficientemente conocido, la iniciativa de la política de No Intervención en el conflicto civil español partió del gobierno francés de Frente Popular. La propuesta de Léon Blum fue el resultado de la situación específica de Francia en 1936: causas de orden interior (extrema división de la opinión pública francesa; debilidad de los gobiernos del periodo; fragmentación y ruptura de la política de Frente Popular) y de orden exterior (creciente soledad francesa en el amenazante escenario europeo, como consecuencia de las defecciones de Bélgica, Polonia y Rumanía, de la poca firmeza de la alianza con la Unión Soviética de Stalin y de las inconsistentes garantías de Gran Bretaña), impulsaron a desarrollar una política cuyo fin último consistió, en realidad, en intentar bloquear la intervención efectiva germano-italiana<sup>2</sup>.

Gran Bretaña aceptó, y practicó efectivamente, la política de No Intervención que propuso Francia. Potencia imperial, con amplios y dispersos intereses mundiales, Gran Bretaña siguió siendo fiel, en la década de los años treinta, a su tradicional política de promover el equilibrio continental, removiendo diplomáticamente los obstáculos que se opusieran al mismo. El error de cálculo inglés fue no percibir el verdadero objetivo de Alemania (el dominio) e insistir en una política de concesiones (*appeasement*), impropia para detener las aspiraciones hegemónicas del régimen nazi. Pues bien, la necesidad de encuadrar la guerra civil española en la política general de apaciguamiento, explica la inflexible postura del gobierno británico de evitar cualquier implicación que pudiera arrastrar al país hacia aquel foco de conflicto. Ciertamente, la estricta observancia inglesa de la No Intervención, y su influencia decisiva sobre los gobiernos franceses del periodo, produjo el resultado deseado de evitar complicaciones generales por la cuestión española, pero al precio de dejar intervenir impunemente a italianos y alemanes.

---

<sup>2</sup> O, dicho en otros términos, una política cuya meta última fue —como propuso Carlos Serrano—, «intentar imponer la paz a las potencias fascistas». Cfr. Carlos Serrano, «La historiografía francesa y la guerra civil española», en Julio Aróstegui (ed.), *Historia y Memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, Valladolid, 1988, vol. 1, pp. 71-84 (p. 72).

La actitud británica debió de influir, sin duda, en la de Estados Unidos. El Departamento de Estado, dirigido por Cordell Hull, recomendó practicar un «embargo moral» sobre la exportación de armas a España (ya que no había ninguna norma legal que la impidiese), de manera que cualquier venta de material militar, incluidas las de empresas no dependientes del gobierno, quedó paralizada. En cambio, empresas como Texas Oil Company, Ford, Studebaker y General Motors, suministraron más tarde vehículos, camiones y combustible al lado franquista, ya que estos artículos no estuvieron sujetos a dicho «embargo moral».

El 23 de agosto de 1936, la URSS se adhirió al Acuerdo de No Intervención, aunque la evidencia de la intervención nazi-fascista llevó al régimen soviético de Stalin a ponerse decididamente del lado de la República española. La URSS ayudó al régimen legal español por razones de seguridad, no por razones altruistas: probablemente, el Kremlin utilizó el conflicto español para intentar generar una coalición antifascista con las democracias occidentales, que permitiera rechazar los propósitos agresivos de Alemania. Además, la Unión Soviética, patria del socialismo, no podía quedar al margen, sin pérdida de su prestigio y de las simpatías obreras internacionales (instrumentos claves de su política exterior), de un conflicto en que, por primera vez, se hacía frente por las armas al fascismo<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Sobre la política exterior de la Unión Soviética en relación a España, *vid.* los estudios ya clásicos de David T. Castell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*, Berkeley, 1957; Pierre Broué, *Staline et la révolution: le cas espagnol*, París, 1993; E. H. Carr, *La Comintern y la guerra civil española*, Madrid, 1986, y Jonathan Haslam, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1940*, Londres, 1984. Resultan también de interés los trabajos de Denis Smith, «We are with you: solidarity and self-interest in Soviet Policy towards Republican Spain, 1936-1939», en Patrick J. Corish, (ed.), *Radicals, Rebels & Establishments*, Belfast, 1985, pp. 223-237, y de Donald D. Watt, «Soviet Military Aid to the Spanish Republic in the Civil War 1936-1938», *The Slavonic and East European Review*, 1959/60, n.º 38, pp. 536-541. Para un análisis de la vinculación de la política exterior soviética con sus necesidades de política nacional e interior, en su concreta manifestación de la política de Frentes Populares, *vid.* Santos Juliá, «La Internacional Comunista: de la ofensiva revolucionaria al Frente Popular», en M. Cabrera, S. Juliá y P. Martín Aceña (comps.), *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, 1991, pp. 287-317. Sobre la política comunista en España, a través del principal Partido Comunista de Europa occidental, el mejor trabajo sigue siendo el de Carlos Serrano, *L'Enjeu espagnol. PCF et guerre d'Espagne*, París, 1987. La aportación de este Partido a la creación de las Brigadas Internacionales, en Andreu Castellá, *Las brigadas internacionales de la guerra de España*, Barcelona, 1974; Jacques Delperrie De Bayac, *Las Brigadas Internacionales*, Gijón, 1980; Robert Rosentone, «International Brigades», en J. Cortada (ed.), *Historical Dictionary of the Spanish Civil War*, Westport, 1982, y R. Richardson, *Comintern Army. The International Brigades and the Spanish Civil War*, Lexington (Kentucky), 1982. Y para las razones de la intervención de la URSS en España, *vid.* los últimos y magníficos estudios de Ángel Viñas, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el giro hacia la Unión Soviética*, Barcelona, 2006, *El escudo de la República, El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, 2007, y *El honor de la República. Entre el ocaso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona, 2008.

## 2. Alemania e Italia no tuvieron ninguna duda en intervenir desde el primer momento

Desde el mismo 18 de julio, Franco se apresuró a solicitar a Hitler el envío de material de transporte que permitiera al Ejército de África cruzar el Estrecho de Gibraltar. Tuvo suerte, ya que dos miembros del minúsculo partido nacionalsocialista alemán que se hallaban en Marruecos pudieron llevar el mensaje a Berlín. Llegados el 24 de julio, y gracias a la mediación de Rudolf Hess, la petición pudo estar delante de Hitler la noche del 25 de julio. Éste decidió inmediatamente ayudar al general sublevado. El operativo lo montó el servicio del partido, de manera que la Wilhemstrasse, a cuyo frente estaba Konstantin von Neurath, no se enteró de nada hasta que hubo empezado el envío de armas. El 28 de julio llegaron al aeródromo de Tetuán los primeros alemanes, y en pocos días habían llegado ya veinte Junkers 52 de transporte y seis cazas Heinkel 51. ¿Cuáles fueron las razones de Hitler? Si en España triunfaba el golpe, se alteraría el equilibrio en Europa occidental, de manera que a un régimen pro-francés, le sucedería otro de signo contrario, y favorable a Alemania.

Franco también pidió ayuda a Italia, enviando a Roma el 19 de julio a Luis Bolín, corresponsal del *ABC*, el cual se entrevistó con Ciano, aunque Mussolini no dio inmediatamente su aprobación, sino que la retrasó hasta el 28 de julio, tres días después de que Hitler ya lo hubiera hecho, y cuando en Roma se supo ya que Blum desistía de una ayuda directa a la República española, y que un eventual apoyo a los rebeldes no encontraría demasiada oposición en Londres: si todo funcionaba rápido, Italia podría sumar, a bajo precio, un aliado clave en el Mediterráneo occidental. Así, el 30 de julio llegaron al Marruecos español los primeros nueve aviones italianos.

Mientras que Francia y Gran Bretaña optaban por abandonar a la República a su suerte, la única potencia que se reveló como favorable a ayudarla fue la URSS. La primera decisión efectiva del país comunista de apoyar la causa republicana, sin embargo, no se produjo hasta la reunión del *Secretariado de la Internacional Comunista* del 16 al 19 de septiembre 1936, aprobándose proceder al reclutamiento entre los obreros de todos los países, de voluntarios con experiencia militar para enviarlos a España, y organizar la ayuda técnica al pueblo español mediante el envío de obreros y de técnicos cualificados. Es decir, se daba vía libre a la organización de las futuras Brigadas Internacionales y al envío de asesores soviéticos a España. Eugen Fried, delegado de la *Komintern* ante el PCF y asistente a la reunión del Presidium, apenas vuelto a París el 24 de septiembre, pudo informar a Thorez, Tréand y Dutilleul, de los acuerdos. A partir de ese momento se puso en marcha una organización para el reclutamiento y encuadramiento de los

voluntarios que iban a combatir en España, es decir, las Brigadas Internacionales, y una red de transporte de armas a cargo de Cerreti, delegado de la Komintern. La intervención directamente militar de la URSS tendría que esperar todavía a ponerse en práctica a mediados de octubre de 1936.

### 3. En España intervinieron directamente tres potencias: Italia, Alemania y la Unión Soviética

Como ya se ha dicho, la ayuda italiana se materializó desde el primer momento. Pero en diciembre de 1936, cuando el fracaso de la ofensiva franquista sobre Madrid, Mussolini decidió incrementar el nivel de intervención en España y enviar formaciones regulares bajo mando integrado propio, y así, el 18 de diciembre de 1936 embarcaron rumbo a España los primeros 3.000 milicianos fascistas, y antes de que acabara el año, habían llegado a la península 10.064 hombres, de los cuales algo más de la mitad provenían del Ejército regular.

En febrero de 1937, las fuerzas de Mussolini en España fueron encuadradas en cuatro divisiones exclusivamente italianas, que integraron el *Corpo di Truppe Volontarie*, al mando del general Mario Roatta: eran en ese momento 48.823 hombres, de los cuales 29.006 eran milicianos fascistas, y el resto, efectivos del ejército. Después, y tras el *desastre* de Guadalajara, Mussolini envió importantes refuerzos aéreos, y las tropas quedaron ahora bajo el mando del general Ettore Bastico, y desempeñaron un papel muy importante, aunque ya no autónomo, en la campaña del Norte. También el III Reich, que había intervenido desde el comienzo, incluso antes que Italia, intensificó su apoyo material a Franco desde el mismo mes de noviembre de 1936.

El resultado (antes de cualquier eventual Plan de Control del Comité de la No intervención —que jamás llegó a funcionar— pudiera ponerse en práctica) fue un crecimiento enorme de la ayuda ítalo-alemana, y la formación del *Eje* ítalo-alemán, derivado de la solidaridad mostrada en tierras hispanas. De hecho, dicho «acuerdo *de facto*» empezó a funcionar el 4 de agosto de 1936, cuando los jefes de los servicios secretos alemán e italiano se entrevistaron para tratar de la ayuda a España, y se escenificó formalmente en la entrevista de Hitler y Mussolini, el 24 de octubre de 1936, en Berchtesgaden, en la que acordaron contrarrestar con envíos masivos de hombres y armamentos los envíos soviéticos y facilitar la toma de Madrid. La intervención alemana dio entonces un salto cualitativo con el envío de la Legión Cóndor, una unidad aérea de combate integrada inicialmente por 4.000 hombres y un centenar de aviones, que llegó en los primeros días de noviembre (hasta enero de 1937 llegaron a España 4.609 militares alemanes).

La tercera potencia que intervino directamente en la guerra de España fue la URSS. La gran operación de ayuda a la España republicana no podía depender de ninguna red de suministros clandestinos, más o menos eficaces, ni de unas Brigadas Internacionales de combatientes —por importante que fuera su contribución—, sino que partió directamente de la misma Unión Soviética. El 14 de septiembre de 1936 tuvo lugar una reunión en la Lubyanka, sede de la NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos de Interior, o Policía Política), en la que su jefe, Gendrik Yagoda, siguiendo instrucciones del propio Stalin, iba a organizar la ayuda directa a España, denominada en clave como «X». En esa reunión, pues, se iba a poner en marcha la llamada «Operación X». Asistieron Abram Slutsky, director del INO (Departamento de Exteriores de la NKVD), el general Mikhail Frinovsky, comandante de las fuerzas militares de la NKVD, y Semon P. Uritsky, jefe del GRU (*Glavnoe Razvedy Uatelnoe*), el Servicio de Inteligencia Militar del Ejército Rojo. Uritsky fue el autor de la «Operación X» y tomó su mando directo hasta que, en noviembre de 1937 fue fusilado acusado de trokista, igual que lo fueron los otros tres asistentes a la reunión.

El comandante en jefe de la Operación fue el mariscal Climent Voroshilov, el cual informaba directamente a Stalin de todos sus pormenores. En última instancia, todo dependió de Stalin, que fue el que aprobaba o rechazaba las diferentes peticiones de ayuda y sus modalidades. Las armas no llegaron solas: hacía falta quien las manejara y quien instruyera a los españoles, y del mismo modo que Alemania o Italia, la URSS envió combatientes y asesores militares, aunque su número fue mucho más reducido: no pasaron de 2.000 en toda la guerra, y nunca hubo más de 700 a la vez en territorio español.

Según varios expedientes en poder de los Archivos Militares Estatales Rusos (RGVA) hoy ya consultables, se puede ver que la cantidad de armamento suministrado por los soviéticos a los republicanos españoles fue mucho menor que la que se había creído hasta hace poco, que muchas de las armas vetustas que el ejército republicano se vio obligado a utilizar no provenían de traficantes de armas sin escrúpulos repartidos por todo el mundo, sino precisamente de la propia URSS y que los buques soviéticos sólo participaron en la entrega de armas por breve tiempo y en pequeñas cantidades.

Michael Alpert da la cifra de 23 viajes de transporte de armas por barcos soviéticos durante octubre, noviembre y diciembre de 1936. G. Howson coincide en esta misma apreciación<sup>4</sup>. El resto de los envíos de armas

---

<sup>4</sup> Michael Alpert, *La Guerra Civil española en el mar*, Madrid, 1987, pp. 183-192, y *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, 1997, p. 76.

a la República, durante el resto de la guerra, se hicieron en barcos fletados por los mismos republicanos, a través de varias compañías independientes, y, sobre todo, a través de *France Navigation*, una compañía constituida con dinero español y dirigida por comunistas franceses.

Así, durante la Operación X, los envíos en barcos fueron los siguientes: entre el 26 de septiembre y el 30 de noviembre de 1936, 17 viajes; entre el 23 de diciembre de 1936 y el 14 de febrero de 1937, 4 viajes; del 16 de febrero al 13 de marzo de 1937, 4 viajes; y del 21 de abril al 10 de agosto de 1937, 12 viajes. Más tarde, entre el 14 de diciembre de 1937 y el 11 de agosto de 1938, 14 viajes; y después nada hasta enero-febrero de 1939, en que hubo entre 3 y 7 viajes; pero del material transportado en estas últimas remesas, apenas nada pasó. De todos ellos, sólo uno llegó a Bilbao con seguridad directamente desde la URSS (Leningrado), el *Andreev*, el 1 de noviembre de 1936, que transportaba armas.

En total hubo, por tanto, 48 entregas de armas soviéticas, con largos lapsos de tiempo entre las distintas entregas. De acuerdo con los datos que proporcionan hoy en día los Archivos Militares Soviéticos (RGVA), la URSS habría enviado, en total, 623 aviones (entre bombarderos Tupolev SB-2, *Katiuska*, que vinieron a costar unos 110.000 dólares cada uno) y cazas Polikarpov I15 (*Chato*, 40.000 dólares) e I16 (*Mosca*, *Rata*, 35.000 dólares), aviones UTI (40.000 dólares, de entrenamiento), Rasantes R-5, Natachas RZ (35.000 dólares), 331 tanques (T-26 y BT-25), 302 piezas de artillería de campaña (más 30 de otros países), 191 piezas de obuses (más 8 de otros países), 4 lanzaminas, 64 cañones antiaéreos, 427 cañones de 37 y 45 milímetros, entre 240 y 340 lanzagranadas, 15.008 ametralladoras (más 2.430 de otros países) y 379.645 fusiles (más 85.000 de otros países). Del material transportado en 1939, sólo pasaron 30 aviones *chatos*, que no tuvieron tiempo de combatir, antes de volver a Francia el 6 de febrero de 1939, 3 cañones antitanque, 35.000 fusiles, 2.000 ametralladoras ligeras y 777 ametralladoras pesadas<sup>5</sup>.

Todo esto fue lo que hubo, y no más. En total, los republicanos recibieron mucho menos que los «nacionales» de Franco, con muchísimas más dificultades, y, salvo en los aviones, de menor calidad y enorme diversidad de factura, procedencia y calibres. En grandes cifras, lo que Franco recibió fue lo siguiente: de Italia, entre 699 y 795 aviones, 1.801 cañones, 3.436 ametralladoras, 157 tanques y 1.426 morteros, además de 78.474 hombres (de los cuales 4.000 murieron en combate), y de Alemania, entre 593 y 732 aviones,

---

<sup>5</sup> Cantidades a partir de la obra de Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la Guerra Civil española*, Barcelona, 2000, y Yuri Rybalkin, *Stalin y España*, Madrid, 2007.

737 cañones, 3.026 ametralladoras y 111 tanques, y unos 19.000 hombres (de los cuales nunca más de 4.000 a la vez). El coste de ambos endeudamientos fue —según Ángel Viñas— de 456 y 225 millones de dólares de la época, respectivamente). Esto quiere decir que Franco dispuso, en total, de entre 1.292 y 1.527 aviones, 2.538 cañones, 6.462 ametralladoras, 268 tanques y 1.426 morteros. La diferencia fue más que sustancial, a pesar de lo cual parece seguir imperando la tesis, hábilmente tejida durante la etapa de Franco, de que ambos bandos recibieron más o menos lo mismo. Y, sin embargo, visto lo visto, y, sobre todo, si aceptamos como verdaderos estos nuevos datos aportados por los Archivos ex soviéticos, habría que suscribir la tesis de Gerald Howson de que «las fuerzas materiales de los dos bandos estuvieron tan desequilibradas en contra de los republicanos, que se impone volver a escribir gran parte de lo que se ha publicado hasta la fecha acerca de la historia de la guerra civil española en general, y de las distintas batallas en particular».

Pero si esto es cierto para el conjunto del territorio republicano, mucho más lo es en relación a Euskadi, en donde las cifras de armas llegadas causan verdadero estupor por su escasez, y todavía uno se pregunta cómo pudo aquel pobre XIV Cuerpo de Ejército de la República o Ejército de Euskadi (como lo llamó el Gobierno Vasco) librar una batalla tan absolutamente desigual durante varios meses.

Pero no sólo hubo una disparidad cuantitativa del volumen final de las armas suministradas, sino también de la calidad de las mismas. Ciertamente, los aviones soviéticos que llegaron a España (el Tupolev SB, *Katiuska*, reconocido como el primer bombardero moderno del mundo, y el monoplano Polikarpov I-16, *Mosca*, primer caza moderno) fueron buenos, aunque escasos en número, y los tanques rusos T-26 y, sobre todo, el BT-5 (predecesor del célebre T-34 de la Segunda Guerra Mundial) eran buenos carros de combate; pero, si se echa un vistazo al armamento de infantería y artillería (fusiles, ametralladoras y cañones), se aprecian las grandes dificultades que tuvieron que pasar los republicanos en la guerra. Valga el ejemplo que de los 48.825 fusiles de origen soviético llegados en 1936, los había de diez modelos distintos, de ocho nacionalidades diferentes, ¡y de seis calibres! Por si fuera poco, cerca de 26.000 eran casi piezas de museo, sin apenas munición. Las únicas ametralladoras modernas llegadas en 1936 fueron 150 ametralladoras ligeras Degtyarev DP y 200 ametralladoras pesadas Maxim; pero hubo también 300 Saint-Étienne y 400 Chauchat vetustas. También en 1936, los rusos enviaron 94 obuses ingleses de 115 mm. (Vicker 1910 Mk de 4,5 pulgadas), 12 cañones de campaña Armstrong de 127 mm. y 30 Maklen rusos M 1917 de 37 mm. (y, además, todos llegaron con poca munición).

Pues bien, de todo lo referido, apenas nada, o muy poco, o lo más vetusto llegó a Euskadi. Por ejemplo, llegaron algunos de estos Obuses

Vickers, o los viejos cañones ingleses Armstrong y Maklen rusos, pero ninguna moderna ametralladora pesada Maxim y ni una sola ametralladora ligera Degtyareva, ni las magníficas pistolas Tokarev rusas, ni, por supuesto, un solo carro T-26 moderno, ni mucho menos los magníficos BT-5, y tan sólo una docena escasa de cazas Polikarpov I-15 e I-16, *chatos* y *ratas* (que, además, no sólo actuaron en los cielos de Vizcaya, sino también en los de Santander). Y salvo dos créditos de 20 millones de dólares, en abril de 1938, y de 50 millones de dólares, en enero de 1939, todo se pagó con cargo al oro español depositado en Moscú.

En términos cronológicos exactos, podría decirse que, salvo durante dos meses (de mediados de octubre a mediados de diciembre de 1936), en que la República tuvo superioridad en suministros del exterior, lo que obtuvo Franco de Alemania e Italia fue siempre muchísimo más y con una regularidad nunca interrumpida. Pero esto que se dice para el conjunto de España no es aplicable al País Vasco, porque en Euskadi no hubo superioridad material ni durante dos, ni uno, ni medio mes. La inferioridad militar republicana en el País Vasco fue siempre manifiesta o, dicho en sentido contrario, la superioridad rebelde fue siempre abrumadoramente aplastante. Y en esta superioridad material, la incidencia de la intervención ítalo-alemana — y, por lo mismo, la farsa de la No Intervención franco-británica — fue más destacable en el País Vasco que en ningún otro lugar de España.

#### 4. La intervención germano-italiana en el País Vasco se produjo desde el principio

No hubo que esperar a equilibrar ningún aporte exterior, como pudo pasar en otras partes de España, ante los suministros soviéticos. Aquí la intervención de ambos aliados del bando rebelde fue inmediata y desde el primer día. Aunque la derrota vasca se fraguó desde los cielos, tampoco fue ajeno a esta derrota el control establecido en sus aguas próximas por los buques rebeldes y de los de sus aliados alemanes.

De hecho, la colaboración naval germana con los sublevados del 18 de julio empezó casi al mismo tiempo que la ayuda aérea. A los pocos días de producirse la caída de Pasajes, se instalaron de forma permanente en dicho puerto los submarinos U-27 y U-29, y a partir de entonces hubo un continuo ir y venir de mercantes desde Kiel o Hamburgo en dirección a Pasajes (y a La Coruña y Ferrol).

También desde el primer momento, la *Kriegsmarine* del almirante Raeder mantuvo al crucero ligero *Leipzig* y al torpedero *Jaguar* en misiones de espionaje en los mares de Vizcaya. Los accesos al puerto de Bilbao fueron minados

en siete ocasiones por los sublevados —pero una de ellas por los alemanes— a primeros de noviembre de 1936, e incluso ya antes, en septiembre de 1936 el pesquero *Lina* saltó por los aires a causa de una mina alemana. Hay que decir que la marina real inglesa proporcionó a los vascos información importante para localizar los campos de minas, pero hizo la vista gorda sobre los marinos alemanes que las sembraban por aguas de Vizcaya.

Contra esta presencia desafiante —además de los navíos rebeldes españoles, como el crucero *Canarias*— sólo pudo oponerse una débil Marina Auxiliar de Euskadi, consistente en bacaladeros artillados, y en alguna defensa costera de importancia, como la de Punta Galea, en Getxo, donde se instalaron dos potentes cañones de 152,4 mm., que alcanzaban 18.000 metros con sus granadas de 45,36 kgs.

No hubo pocos incidentes con la flota de guerra alemana, como cuando el 20 de diciembre de 1936 fue apresado por la armada vasca el *Pluto*, un mercante germano de 1.412 toneladas en ruta de Pasajes a La Coruña, a 4 millas del cabo Machichaco (cuando las aguas territoriales eran entonces de sólo 3 millas), aunque lo tuvo que dejar marchar por el tema de las millas; o como cuando el 23 de diciembre se detuvo al mercante alemán *Palos* (de 1.997 tns.), y que, conducido al puerto exterior de Bilbao (llevaba 1.500 tns. de material de guerra y otras mercancías para los facciosos), tuvo que ser liberado (salvo la carga militar) ante la presencia amenazante del crucero *Königsberg*, de 7.400 tns., que acudió en su ayuda.

En relación al mar, hay que destacar que todas las operaciones navales durante la guerra civil española giraron en torno al flujo de suministros bélicos extranjeros, que ambos bandos recibían por vía marítima en un 80-90%. Pero si esto fue así en el plano general español, en el caso vasco lo fue al 100% desde el principio debido a la caída de Guipúzcoa y al corte de toda comunicación con Francia. Así, desde la caída de Guipúzcoa, el resto del País Vasco, cortado por tierra de cualquier frontera, y desde luego de la zona central republicana, donde se concentraban los mayores medios bélicos de la República, Euskadi quedó a merced del bloqueo naval, y con sus escasos aviones y vulnerables aeródromos, los problemas de abastecimiento en armas y víveres del País Vasco serán la principal preocupación de las autoridades civiles y militares.

El hostigamiento de la flota insurgente al tráfico dirigido hacia la República fue muy decidido y contó con el respaldo de Roma y Berlín. En el Cantábrico, ese concurso fue alemán, de manera que, cuando el 3 de octubre de 1936 los rebeldes anunciaron que se proponían bloquear la costa republicana para evitar la llegada de envíos de armamento soviético, buques de la flota alemana empezaron a navegar por sus aguas para impedir que cargueros extranjeros alcanzaran las costas vizcaínas.

Ciertamente, el bloqueo de Bilbao nunca fue efectivo, pero la acción de las flotas insurgente y alemana dificultó enormemente la llegada de buques mercantes con armamento. De hecho, los pocos aviones que fueron adquiridos por las autoridades vascas (algunos aviones franceses ya anticuados) cayeron en manos de los sublevados al capturar éstos los barcos que los transportaban a Euskadi: el *Mar Cantábrico* y el *Hordena* (con un total de unos 30 aparatos, algunos franceses ya viejos, o sin armar). Sólo a mediados de octubre de 1936 llegaron a Bilbao armas de procedencia soviética (Leningrado), y de algún puerto en Polonia (Danzig) y en el Báltico, con piezas de artillería y municionamiento transportadas por buques de la escuadra republicana; el más importante de todos, el *Andreev*, llegó el 1 de noviembre de 1936 y traía 15 cazas Polikarpov-I 15 (*chatos*), 30 carros blindados, 15 cañones Maklen de 37 mm., 200 ametralladoras Lewis y 6 cañones de campaña Amstrong (aunque no todo este material quedó en Vizcaya, sino que se distribuyó por el resto de la zona Norte). El *Hillfern* zarpó de Danzig rumbo a Bilbao el 30 de octubre de 1936 con unas 250 ametralladoras pesadas Schwarzelose de 8 mm., 10.000 fusiles Männlicher y una docena de cañones de montaña Schneider de 7,62 mm., de fabricación rusa.

Todo lo más que Londres y París hicieron por la República fue negarse siempre a reconocer *derechos de beligerancia* al bando franquista, pues esto les habría permitido, de acuerdo con el derecho internacional, impedir el tráfico de buques neutrales a los puertos de sus enemigos republicanos. Gracias a esta medida, el bloqueo franquista nunca fue reconocido, y la flota británica pudo proteger más adelante la salida de niños desde el puerto de Bilbao, cuando la ofensiva sobre Vizcaya se desató de manera masiva e inmediatamente después de los bombardeos de Durango y Guernica. Cuando se quiso hacer efectivo aquel plan de evacuación de niños, mujeres y ancianos, hubo que contar con la protección de la marina inglesa, y aquélla fue la única acción militar británica en aguas del Cantábrico: la protección de la salida a partir del 6 de mayo de 1937 del trasatlántico *Habana* (antiguo Alfonso XIII) y del *Goizeko Izarra*, que en varios viajes hasta las costas francesas y británicas, primero escoltados por los bous *Gipuzkoa* y *Bizkaia* y por el destructor *Císcar*, y después abiertamente protegidos por el acorazado británico *Royal Oak* y por los buques de guerra franceses *Carimade*, *Château-Margaux* y *Château-Almer*, condujeron a varios miles de niños vascos a una expatriación que los librara de las bombas y de la muerte.

Londres, que con su incomparable armada, hubiera podido imponer su ley en el mar e impedir todo tráfico marítimo de/o hacia cualquier costa española, prefirió abstenerse de toda intervención efectiva e impuso a sus

aliados (léase, a Francia) una No intervención estricta. En este contexto de inacción consentidora de los británicos, alemanes e italianos navegaron a sus anchas, en tanto que soviéticos y republicanos tuvieron cada vez más dificultades.

La acción de la aviación ítalo-alemana también fue muy temprana y determinante en el desenlace la campaña del Norte. De hecho, la última semana de agosto de 1936, la aviación italiana ya intervino en la conquista del fuerte de San Marcial en Irún y en cortar las comunicaciones entre el País Vasco y Francia. En cuanto a los alemanes, la primera presencia de aviones alemanes sobre Bilbao se produjo el 8 de septiembre de 1936, aunque el primer bombardeo sobre la villa no se produjo hasta el 25 de septiembre, realizado por siete aviones Junkers 52 alemanes, protegidos por dos escuadrillas de Heinkel 51 llegados desde Vitoria. A partir de entonces, Bilbao sufriría constantes bombardeos: así, el 26 de septiembre, Bilbao sufrió otro ataque a cargo de seis aviones alemanes; los días 4 y 5 de enero de 1937, la aviación alemana bombardeó Bilbao (fueron nueve aviones de bombardeo y 22 cazas, que arrojaron 82 bombas; en este ataque, tres cazas alemanes fueron derribados por los cazas soviéticos); y de nuevo el 21 de enero de 1937 volvió a ser bombardeada. Pero la acción más violenta, y el bombardeo más sangriento de toda la guerra sobre Bilbao se produjo el domingo 18 de abril de 1937, a cargo de siete aviones alemanes, que ocasionaron 63 muertos y más de 100 heridos graves (el bombardeo más grave fue entre las calles Fica e Iturribide), mientras que los cazas republicanos salidos desde Lamiaco poco pudieron hacer.

## 5. La guerra de intervención extranjera que padeció Euskadi

Más que ninguna otra zona de España, Euskadi iba a sufrir la primera experiencia de guerra moderna diseñada fundamentalmente por los alemanes. La calificación de la guerra de Euskadi como una «guerra de intervención extranjera» la define a la perfección. En ella, la acción combinada de la artillería y la aviación extranjeras, seguida del asalto frontal de la infantería —en gran parte extranjera— y de los carros de combate —sobre todo italianos, aunque también alemanes—, debía de producir el colapso de las defensas enemigas.

En el ataque sobre las defensas vascas, el peso de la ofensiva correspondió a las masas de la artillería y de la aviación, que eran casi un 100% ítalo-alemanas. Así, cuando ésta comenzó, el 31 de marzo de 1937, a las 7,30 de la mañana, la aviación alemana puso en práctica, por primera vez en la historia militar del mundo, la táctica de preparar durante horas —a

la vez que la artillería— el avance de la infantería, aislando por medio de bombardeos intensivos los núcleos de defensa enemigos, cortando sus comunicaciones y las líneas de aprovisionamiento. Era la táctica aire-tierra, capaz de paralizar desde el aire todo el sistema de defensa, incluida la aproximación de reservas, que iba acompañada de operaciones de ametrallamiento en cadena de las posiciones enemigas. Durango y Guernica no fueron más que la expresión máxima de esta táctica devastadora y terrorífica, pero también —aunque en menor medida— lo fueron Ochandiano, Eibar y Elorrio.

Para la ofensiva general sobre Vizcaya, se preparó la brigada italiana de *Flechas Negras* y la *División motorizada 23 de marzo*; en Vergara se concentraron 60 carros de combate italianos, en tanto que en Vitoria quedó reunida la *Legión Cóndor*, al mando de su comandante en jefe, Hugo von Sperrle (posteriormente juzgado en Nürenberg) y de Joachim Von Richthofen, su jefe de Estado Mayor, con más de 60 aviones de bombardeo *Heinkel*, dos escuadrones aéreos de persecución y 50 aviones *Fiat CR 32* de la *Aviazione Legionaria* italiana. En total, 150 aviones fueron dispuestos para operar sobre Vizcaya y Bilbao, contando con varios aeródromos situados en Guipúzcoa, Álava, Logroño, Burgos y Soria.

El potencial artillero era de unas 200 piezas, la mayoría de fabricación alemana e italiana, con unos calibres que oscilaban de 210 a 65 mm., predominando los de 105, 89 y 75 mm.

Y el potencial humano también era muy importante: en Vitoria fueron reunidos los aviadores alemanes de la *Legión Cóndor* de Von Richthofen, y la *Aviazione Legionaria* italiana, cuyo comandante en jefe era Velani. En tanto que la infantería italiana —la brigada italiana *Flechas Negras* (8.000 hombres con armamento moderno) y la *División Motorizada 23 de marzo* (con unos 2.000 hombres)—, y los carros de combate también italianos se concentraron en Vergara (hubo más de 60 carros preparados).

Frente a ese potencial bélico, se hallaba el débil Cuerpo de Ejército Vasco (o XIV Cuerpo de Ejército, según la denominación del Ministerio de la Guerra en Valencia), con 51 batallones, apenas 450 ametralladoras, 184 morteros y 46 piezas de artillería. La desproporción fue de 10 a 1 —o más incluso— en aviación y de 6 a 1 —o mucha más incluso— en artillería). Y culminando la debilidad material, una concepción básicamente defensiva, cuyo máximo exponente fue aquella especie de «línea Maginot» vasca del «cinturón de hierro» alrededor de Bilbao: trazado y proyectado de acuerdo con el alcance y poder destructivo de las armas utilizadas por los *nacionales* al comienzo de la guerra, pero no de los nuevos y desconocidos medios aportados por los alemanes e italianos inmediatamente después y puestos en práctica de manera masiva en su campaña del Norte.

## 6. La ausencia de aviación será la dificultad más grave que habría de afrontar el Gobierno de Aguirre

Cuando las tropas rebeldes empiecen su acción definitiva sobre Euskadi, el 31 de marzo de 1937, la aviación alemana y la italiana, no encontrará adversario en el aire, sencillamente porque a Euskadi no pudieron llegar aviones. Desde luego, «el asunto de la aviación fue crucial en la guerra de Euskadi» (Tuñón de Lara), pero no es cierto que el gobierno central no enviase aviones: Prieto envió dos expediciones de cazas y bombarderos, interceptadas por el control de la No Intervención en Toulouse y Pau, el 8 y el 17 de mayo de 1937. No han faltado las acusaciones de que los rusos no querían ir al Norte, y, sin embargo, su jefe, Smutskevich (general *Douglas*), ordenó todas las acciones para enviar aviones según órdenes de Prieto. Desde que se formó el gobierno Negrín y Prieto asumió la cartera de la Defensa Nacional, se hicieron los máximos esfuerzos para ayudar al Norte. El mismo 17 de mayo se envió una expedición de aviones vía Francia —como he dicho—, pero los 52 aviones que se enviaron por Francia fueron todos detenidos y devueltos a su lugar de origen. El 27 de mayo volaron directamente hacia Bilbao una escuadrilla mandada por Jover, de la que sólo llegaron siete aparatos; y el 12 de junio, doce cazas, mandados por el soviético Gregori Tior, llegaron en vuelo directo a Lamiaco.

En resumen, desde la zona central se enviaron unos 100 aviones, pero apenas unos 30 llegaron a Euskadi. En la práctica, jamás se pudo disponer de más de 10 o 15 aviones a la vez, frente a los más de 150 aparatos modernos y bien dotados de bombas y municionamiento de todo tipo de los alemanes e italianos. Esta ausencia de aviones allanó el camino de manera determinante a las tropas rebeldes; ausencia de aviones seguida de ausencia de DCA (Defensas Antiaéreas). A partir de esa premisa, Euskadi fue literalmente arrasada desde el aire, y las tropas de los generales Mola y Dávila marcharon abriéndose paso entre los escombros de los pueblos y ciudades, las cenizas de los bosques incendiados y las carreteras y trincheras cosidas a balazos desde los aires.

Como muestra, el 30 de marzo de 1937 Ochandiano fue bombardeada por 55 aviones y de nuevo lo fue el 2 de abril; el 31 de marzo de 1937, en el momento en que comenzó la ofensiva general, Durango fue bombardeada y arrasada (cuatro bombarderos y nueve cazas), causando más de 250 muertos; los días 2 y 4 de abril, Durango fue de nuevo bombardeada, con más muertos, de manera que el total fue de 336 muertos. La ejecución material de los bombardeos la desarrolló la escuadrilla 214 del grupo 21 de bombardeo pesado Savoia 81 de la *Aviazione Legionaria*, estacionada en Soria a las órdenes del capitán Gildo Simini, y los cazas Fiat CR-32

destinados en Logroño. El 25 de abril de 1937, caían Elorrio y Eibar, casi destruidas previamente por la aviación alemana; el 26 de abril de 1937, la Legión Cóndor arrasó Guernica, en la experiencia más completa hasta entonces nunca vista de guerra total; los italianos de la *División 23 de marzo*, cruzaban la ría de Guernica el 1 de mayo; el 30 de abril de 1937 Bermeo fue ocupada por la Brigada italiana de los *Flechas Negras*, al mando del general Piazzoni, y dos días más tarde, la posición fue consolidada por la *Agrupación Francisci*, cuando los primeros italianos pasaban apuros ante una contraofensiva del Ejército vasco. A partir del 6 de mayo, las fuerzas de Mola ocupan la comarca de Munguía y atacan el Sollube, ocupado entre los días 8 a 14 de mayo después de un espectacular ataque de la aviación. Después, a partir del 9 de mayo, las tropas de Mola inician el ataque sobre el monte Bizcargui, con participación de la aviación y de la artillería italo-alemanas, ocupándolo el 11 de mayo, y dominando desde aquellas alturas las fortificaciones del sector de Gaztelumendi (en las estribaciones del «cinturón de hierro» de Bilbao), por donde se rompería la línea defensiva y empezaría la penetración franquista hacia Bilbao. Los combates por el Bizcargui duraron siete días, quedando la cima del monte literalmente arrasada por la aviación alemana. Antes, los italianos habían tomado Baquio el 10 de mayo. Más tarde, cuando las tropas del general Dávila atacan definitivamente el «cinturón de hierro» de Bilbao, a partir del 11 de junio de 1937, entre los sectores de Gaztelumendi y Fica, los atacantes emplearon, además de toda la artillería, 70 aviones de bombardeo y 50 cazas. El 14 de junio, los italianos ocuparon Munguía, y entraron en Plencia el 15. El 17 de junio lo hicieron en Algorta, Lejona y Las Arenas. Sólo faltaba Bilbao, que caerá definitivamente el 19 de junio, y con la villa en pocos días el resto de la provincia, produciéndose el final de la guerra en Euskadi, con la derrota más absoluta de las tropas vascas.

## 7. Conclusiones

La cuestión internacional en la guerra de España tuvo una importancia clave en todas sus diversas implicaciones: diplomáticas, financieras, económicas y, claro está, militares, ya que estas tres potencias, Alemania, Italia y la URSS, iban a intervenir de manera directamente militar en la guerra de España.

Pero en el caso del País Vasco, puede decirse que la vertiente de la intervención directamente militar de las potencias europeas fue prácticamente la única. La intervención militar de Alemania y de Italia en Euskadi se produjo ante la pasividad de Francia y de Gran Bretaña, que pudieron

observar cerca de sus fronteras cómo verdaderos cuerpos de ejército italianos y alemanes participaban junto a las tropas sublevadas en la derrota de un régimen legal al que reconocían diplomáticamente.

La intervención ítalo-alemana fue determinante en la adversa suerte militar del País Vasco, de manera que puede decirse, sin ningún género de dudas, que Euskadi fue derrotada por la aplastante superioridad de la aviación y artillería alemanas e italianas. El número de aparatos en vuelo (de bombarderos y de cazas), la cantidad, calibre, alcance y calidad de las piezas de artillería empleadas, y, por último, las tácticas empleadas por primera vez en la guerra de España, de acción combinada tierra-aire y de desbordamiento y anulación de las líneas de frente clásicas por la acción devastadora de ambas armas, dieron a los carros de combate germano-italianos y a la infantería hispano-italiana una capacidad de penetración incontenible, pese a lo abrupto del terreno y a la valentía de defensores, inversamente proporcional a su falta de armamento moderno y a su carencia de aviación.

Así, podemos concluir que la acción combinada de la artillería y aviación alemanas e italianas, seguida del asalto frontal de la infantería franquista, será definitiva para vencer la resistencia vasca. Y que, por tanto, sin el concurso decisivo de Alemania e Italia, la guerra en Euskadi hubiera sido de naturaleza totalmente distinta y su resultado, incierto. Por eso, la intervención militar de ambas, a los ojos del mundo entero, determinó la caída de todo el Norte peninsular y el resultado adverso para la República de la guerra civil, ya a la altura del verano de 1937.

Unido a lo dicho, hay un último factor sin el cual todo lo anterior no es comprensible: la inacción de Francia y Gran Bretaña, que asistieron pasivamente a la derrota anunciada de Euskadi y de todo el frente Norte, y con él, al de la República española.